

católicos y á su voz cayeron todas las gentes sobre las abadías, las catedrales y bibliotecas, llegando hasta turbar el reposo de los muertos en sus sepulcros.

María Estuardo, que lloraba en Francia la muerte de su regio esposo Francisco II, resolvió, siguiendo los consejos del duque de Guisa, presentarse en Escocia, con objeto de moderar el odio bárbaro y feroz de su pueblo. Isabel trató de hacerla prisionera durante la travesía, pero aquélla tuvo la fortuna de atravesar sin ser vista, gracias á densa niebla, la línea de barcos ingleses que estaban acechándola, y desembarcó en Escocia el 21 de Agosto de 1561. Pero si la fortuna la favoreció un momento, fué para probarla luego con las más horribles desgracias.

**Política de Isabel (1562-1564).** — Isabel disimuló la contrariedad que le causaba haber dejado escapar su presa, y desde entonces adoptó como política sostener á los protestantes en todos los Estados de Europa, declarándose enemiga de los católicos. Siguiendo ese plan, mandó dinero y tropas á Condé y á los calvinistas (1562) satisfaciendo así su odio contra el duque de Guisa. Y por enemistad con Felipe II socorrió igualmente á los reformados de los Países Bajos. En cuanto á sus propios Estados, multiplicó en ellos los edictos sanguinarios, y dictó pena de muerte contra todos los que se negasen á reconocer su supremacía religiosa. Esas ejecuciones llegaron á ser tan frecuentes, que hasta los protestantes las lamentaron, y hubo que dar órdenes para que descansase el verdugo.

**Casamiento de María Estuardo (1564).** — También en Escocia fomentaba Isabel incesantes revueltas, valiéndose de la exaltación religiosa, pero por medios secretos. Oficialmente sostenía con María Estuardo amistosa correspondencia, ofreciéndose con la mayor amabilidad á buscarle esposo digno de su clase. Después de entretenerla mucho tiempo, tuvo la baja de proponerle al conde de Leicester, uno de sus favoritos; el corazón de María se agitó indignado al oír aquel nombre, y contestó á su *buena hermana* con una negativa terminante, decidiéndose al fin por Darnley, que era de la raza de Enrique VIII, y que descendía

de los reyes de Escocia por su padre el conde de Lennox (29 de julio de 1564).

**Asesinato de Rizzio (1566).** — Desgraciadamente, ese señor no era digno de la mano de la reina de Escocia. Caprichoso, original y violento, entregado al vino y los placeres carnales, no merecía ninguna consideración, y sin embargo deseaba compartir con María el supremo poder. Las negativas que recibió lo llevaron á los más sangrientos excesos. Como María hubiera otorgado su confianza á un piemontés lleno de astucia y habilidad, llamado David Rizzio, Darnley propagó contra ella las más odiosas calumnias y se unió con Murray y los protestantes para dar muerte al desdichado favorito. El complot tuvo su ejecución en las habitaciones y ante la vista de la reina, que estuvo á punto de morir de espanto (9 de marzo de 1566).

**Doblez de Isabel.** — En la época del casamiento de María Estuardo, Isabel había provocado una rebelión en Escocia; pero como los sublevados fueran vencidos, rechazó toda amistad con ellos y expulsó de Londres á su jefe Jacobo Murray, aunque otorgándole secretamente una pensión para recompensar sus servicios. Después del asesinato de Rizzio hubo nuevos alzamientos suscitados por el oro de Isabel; pero como María enarbolara valerosamente el pendón real en el castillo de Dumbar, apoderándose además de sus enemigos, Isabel le escribió para darle la enhorabuena, y ordenó fiestas y regocijos públicos en celebración del nacimiento de Jacobo IV, á quien acababa de dar vida la reina de Escocia (19 de junio de 1566).

**Asesinato de Darnley (1567).** — Hasta entonces los escoceses no habían tenido más que motivos para felicitarse por la bondad y dulzura de María. Su vida pura y sencilla le había granjeado el afecto de todos los corazones. Pero la joven era tan dichosa reina como infeliz esposa. Aunque perdonó de todo corazón á Darnley el asesinato de Rizzio, no le fué posible volver á amar á un hombre que cada día se degradaba con nuevas infamias. Algunos bajos cortesanos le aconsejaron que se divorciase, librándose así de aquel lazo; pero su fe prefirió esperar de la voluntad de Dios el fin de sus males. Entonces los autores de la indi-

cada proposición, temiendo con motivo el resentimiento de Darnley, resolvieron ponerse á salvo conspirando para perderlo.

Las circunstancias les ayudaron. Habiendo caído enfermo el rey en su castillo de Glasgow, María olvidó las ofensas que su marido la había hecho y acudió á su lado. Llevólo á Edimburgo, á un castillo situado en las cercanías, y con frecuencia pasó el día y la noche velándolo. Pero en la del 9 de febrero de 1567 lo dejó solo, para asistir á las bodas de una de sus damas. Los conjurados aprovecharon ese momento para violar las habitaciones de Darnley, haciendo reventar una mina. Al día siguiente fueron hallados en el jardín su cadáver y el de un paje, y diversas personas más quedaron enterradas bajo los escombros.

**Segundo matrimonio de Maria Estuardo (1567).** — Los jefes del partido protestante habían sido los autores de esa infame conspiración, y nadie puede dudar de la inocencia de María. Pero, débil y tímida, dejóse seducir por los consejos de los hombres poderosos que urdieron ese complot, no procuró con bastante energía el castigo de los culpables, y hasta dejó que el duque de Argyl, justicia mayor del reino y su cómplice, los absolviese. El pérfido Bothwel, á quien la voz pública acusaba principalmente, fué más lejos aún: captóse la amistad de veinticuatro pares del parlamento, robó á la reina al volver ésta de Stirling, á donde fuera á ver á su hijo, intimidóla enseñándole las firmas de todos los grandes prestos á sostenerlo, y la obligó de ese modo á que se casara con él. Ese hombre indigno era protestante y estaba ya casado. Hizo en consecuencia que las dos comuniones pronunciasen su divorcio, y se presentó en Edimburgo á celebrar solemnemente sus bodas con la reina (15 de mayo de 1567).

**Rebelión contra María.** — Esa debilidad de María debiera ser justamente censurada, si no la hubiese expiado por tantas desgracias. Bothwel no era tan poderoso como se lo había creído. Los nobles vieron con celos su elevación, y cuando se supo que trataba de apoderarse del presunto heredero del trono, estalló un levantamiento general. María y Bothwel se pusie-

ron al frente del ejército real, pero los soldados se negaron á batirse. Aquél huyó entonces á las Orcadas, yendo á morir en las prisiones de Noruega, después de haber ejercido el oficio de pirata. En cuanto á María, lleváronla á Edimburgo, en medio de injurias y de ultrajes. Acusábasela de la muerte de Darnley, y delante de ella llevaban un estandarte en el cual pintaron el cadáver de su regio consorte. Después de presentarla así al populacho, los rebeldes la encerraron en el castillo de Lochleven, bajo la custodia de la madre de Murray, su implacable enemigo.

**Huida de María á Inglaterra (1568).** — Isabel no había hecho nada para socorrer á María contra sus enemigos. Cuando supo que estaba prisionera de los insurrectos, protestó de manera pública contra el atentado y mandó un embajador á obtener justicia. Pero ese celo no era sincero. Al contrario, dejó en libertad á los enemigos de la reina de Escocia, y cuando esta princesa, ya fuera de su cárcel, se presentó á pedirle un asilo hospitalario, no halló en ella sino una irreconciliable enemiga. Ni siquiera quiso recibirla, pretextando que una reina acusada de asesinato y de adulterio no podía comparecer ante una *reina virgen*. María comprendió entonces que su cautiverio no hacía más que comenzar.

**Su cautiverio (1568-1587).** — Sin embargo, los ministros ingleses, deseosos de darse aires aparentes de justicia y de imparcialidad, oyeron las acusaciones de los enemigos de María, y en vista de esos calumniosos alegatos, solicitaron su abdicación. Pero ella respondió con firmeza: « Prefiero morir á soltar voluntariamente de mis manos un cetro que he recibido de mis mayores; sólo lo dejaré con la vida, y mis últimas palabras serán las de una reina de Escocia. » No pudiendo arrebatarle el honor, sus jueces la privaron de su libertad. El papa Pío V hizo consolar en su prisión á la ilustre cautiva. El duque de Norfolk, los condes de Northumberland y de Westmoreland, llegaron hasta intentar salvarla, pero el primero fué encerrado en la torre de Londres, y los otros huyeron á Escocia después de haber perdido todos sus bienes (1569-1570).

**Estado de Escocia durante el cautiverio de María** (1568-1587). — Cuando los amigos de la ilustrada cautiva llegaron á Escocia, el regente Murray, que se había apoderado del gobierno, acababa de morir á manos de Jacobo Hamilton, que lo había asesinado para vengar una injuria privada que aquél le infirió (1570). En esos tiempos de anarquía, la regencia fué presa ofrecida á todas las ambiciones. El duque de Lennox y el conde de Marek la ocuparon sucesivamente, y ambos sucumbieron bajo el peso de tan peligrosa carga (1570-1572). Cada año veía una nueva revolución. Después de los anteriores fueron regentes los duques de Morton, los condes de Arrán y de Lennox, pero ninguno de ellos pudo devolver la tranquilidad á Escocia.

**Conducta de Isabel durante ese mismo período** (1568-1587). — Todas esas turbulencias que desolaban á Escocia, servían de contentamiento á la astuta Isabel, quien no cesaba de avivarlas. También en Francia y en los Países Bajos alimentaba con sus recursos la guerra civil, mantenía vivas las esperanzas de todos los príncipes que solicitaron su mano, y se complacía en humillarlos con ultrajantes decepciones. En lo interior, consolidaba su intolerable despotismo, á costa de injusticias y crímenes innumerables. No contenta con perseguir á los católicos de la manera que hizo Enrique VIII, estableció un *supremo tribunal de comisión* para buscar y castigar á los herejes. Nunca hubo inquisición tan terrible como esa. Los miembros de ese cuerpo poseían poder que alcanzaba al reino entero, sin que ni los de clase ó condición más elevada pudieran eximirse de su autoridad. Sus fallos eran puramente arbitrarios, y cuando sospechaban de alguno, lanzaban contra éllo que se llamaba un juramento *ex officio*, y lo obligaban á acusar á su padre, á su madre, á sus hermanos ó hijos. Los que se apartaban de la religión de la reina sufrían los más severos castigos. Oír misa, creer en la supremacía del papa y negar la de Isabel, eran delitos que conducían al cadalso. Como el principal fin era acabar con los sacerdotes católicos, dictóse pena de muerte contra ellos y contra los que los recibían ó se confesaban ante su tribunal.

**Muerte de María Estuardo** (1587). — El proceso de María Estuardo fué instruido en medio de esas circunstancias. Supúsose que esa reina había tomado parte en un complot formado por un joven señor cuyo nombre era Babington, contra los días de Isabel, y aunque no fué posible probar la verdad de esa acusación, se la condenó á muerte, hollando todas las más vulgares reglas de la equidad. Isabel fingió por de pronto negarse á esa horrible ejecución. Llamaba constantemente á María « su querida prima, su buena hermana, su amable parienta » y preguntaba con tierno acento « cómo era posible que ella hiciese morir la avecilla que se había refugiado en su seno. » Pero entretanto, compraba los votos de los puritanos que tenían asiento en el parlamento, y lograba que esos fanáticos le pidiesen la vida de su cautiva. Cada día exaltaba la imaginación del pueblo, revelándole supuestos complots. Y cuando la nación engañada reclamó que se ejecutara á María, Isabel firmó la sentencia, lamentando que el voto público la obligara á consumir tal sacrificio.

El 7 de febrero se presentaron dos comisarios á anunciar á la augusta reina que su ejecución se efectuaría al día siguiente. Al recibir esa noticia, pidió á sus verdugos los socorros de la religión; pero como se los negasen, se resignó llena de piedad y calma, y pasó rezando la noche. Después de algunas horas de tranquilo sueño, escribió varias cartas, distribuyó á sus servidores cuanto poseía, y se retiró á su oratorio, donde comulgó con una hostia que le había enviado San Pío V para que la emplease en caso necesario. La vista del cadalso y de los espectadores no quebrantó un momento su grande alma. Sentóse en el banquillo de terciopelo que le habían preparado, protestó de su inocencia, rechazó el fallo de sus jueces y recordó en estos términos su grandeza: « Soy prima de vuestra reina, soy de la sangre real de Enrique VIII; he sido reina de Francia por mi matrimonio y coronada reina de Escocia. » En ese punto fué interrumpida por un grosero predicante á quien encargaron de exhortarla, y que sólo supo insultar cobardemente su fe. Iba á responderle, cuando el conde de Shrewsbury le dijo

que debía contentarse con orar. En ese momento la piadosa reina se echó de rodillas por última vez y pronunció estas memorables palabras, á la vez que alzaba el crucifijo que tenía en las manos: « Dios mío, así como se abrieron tus brazos para extenderlos sobre esta cruz, así te ruego que los abras hoy para recibirme en tu misericordia. » Al dirigirse hacia el tajo fatal, repitió varias veces en alta voz: « Dios mío, en tus manos encomiendo mi alma. » Al primer golpe permaneció inmóvil, pero su cabeza no cayó hasta el tercero. El verdugo la mostró al pueblo, que pudo ver entonces cómo una larga serie de calamidades y diez y ocho años de cautiverio habían vuelto calva á aquella reina de cuarenta y cinco años (18 de febrero de 1587).

**Cobardía del rey de Escocia.** — Según su acostumbrada política, Isabel afectó gran dolor después de la muerte de María Estuardo. Vertió abundantes lágrimas, vistió luto, acusó á sus ministros de lo ocurrido, los suspendió de sus funciones, y mandó prender á uno de ellos, el cobarde Davison. Al saber la muerte de su madre, el rey de Escocia manifestó violenta indignación. La nobleza y todo el país compartieron su pena y su resentimiento. El día en que la corte empezó su luto, lord Sainclair se presentó al rey completamente armado, y le dijo golpeándose en la coraza: « Hé aquí mi luto por la reina. » Pero Jacobo VI era demasiado tímido para atreverse con Inglaterra, y hasta usó de tantos miramientos con los verdugos de su madre, que muchos creyeron fingido su dolor.

**La Armada de Felipe II. Victoria de Isabel (1587-1590).** — Sólo Felipe II se propuso vengar á la reina de Escocia. Desde hacía tiempo tenía ese soberano motivos de queja contra Inglaterra, que se atrevió á atacar á los españoles en las islas de Cabo Verde, en Santo Domingo, la Florida y hasta en el mismo puerto de Cádiz, y que no cesaba de enviar socorros á todas las provincias alzadas en armas contra él. Pensando en derribar á Isabel y en restablecer el catolicismo en Inglaterra, dió ordenes á los virreyes de Nápoles y de Sicilia, así como al gobernador de Milán, para que equipasen tropas y navíos; estableció un impuesto sobre Portugal y sobre cada provincia de España, y

reunió en Lisboa, á las órdenes del marqués de Santa Cruz, 150 barcos de guerra, 8.000 marinos y 20.000 soldados.

Flandes suministró fuerzas no menos considerables, y de todos los puntos de Alemania y de Italia acudían las gentes á alistarse bajo las banderas del rey católico, como si se hubiese tratado de una guerra santa. Tan seguro parecía el éxito que de antemano se dió á la escuadra el nombre de *armada invencible*. Inglaterra no era capaz de resistir, en efecto, á tales fuerzas, pero las tempestades hicieron lo que no hubieran podido lograr los soldados de Isabel. Todos los buques fueron dispersados á lo largo de las costas, desde Ostende hasta Gravelines, y la mayor parte se estrellaron contra las rocas de Dinamarca y de Noruega.

Isabel había mostrado mucho ánimo en esas críticas circunstancias, y hasta estuvo á punto de embarcarse en el buque almirante para ir al encuentro del enemigo. Después que la flota de Felipe II quedó destruída, aquella reina tomó la ofensiva contra dicho príncipe, conforme al deseo de su nación. Sus escuadras sembraron la alarma en Lisboa (1589), mientras sus tropas de tierra sostenían á los protestantes en los Países Bajos, deteniendo á los españoles en sus progresos dentro del territorio francés. Al mismo tiempo mandó contra España una flota de diez y siete buques de guerra y ciento cincuenta de línea, al mando de lord Effingham y del conde de Essex. Cádiz fué tomada y tal vez hubiera corrido peligro Andalucía, si el conde de Essex no se hubiese visto contenido en su marcha por el consejo de guerra que Isabel le impuso para calmar su impetuosidad (1597).

**Asuntos de Irlanda (1598-1601).** — Felipe II se vengó de esos reveses excitando á la rebelión á los católicos de Irlanda, cuya suerte era realmente intolerable. Habían querido someter ese país á las nuevas doctrinas, y todo él estaba cubierto de ingleses que saqueaban y mataban sin piedad. El conde de Tyrone, no pudiendo soportar más tiempo la vergonzosa servidumbre de sus conciudadanos, se puso al frente de los sublevados, y expulsó de la isla al gobernador inglés. Isabel mandó para que lo combatiese al conde de

Essex, aun desvanecido por sus últimas victorias; pero dicho general faltó á su deber, transigió cobardemente con Tyrone, contra lo dispuesto por su soberana, y se volvió á Londres. Isabel lo recibió fría y para castigar su desobediencia lo condenó á prisión. Essex despechado se arrojó en brazos de los descontentos, pero no tardó en ser cogido y condenado á muerte. Isabel firmó la sentencia, sin tener en cuenta los pasados servicios del guerrero.

**Muerte de Isabel. Apogeo de la autoridad real en Inglaterra (1603).** — Este acto de vigor hizo perder á la reina toda su popularidad. Cuando se presentaba en público, ya no la acogían con el mismo entusiasmo, por lo cual concibió tal pena, que no pudo disiparla. En vano supo los triunfos de Montjoye, que había reemplazado á Essex en Irlanda, y la sumisión de la isla entera; su negra melancolía no la abandonó ni un momento. Esas inquietudes y los remordimientos la llevaron al sepulcro el 24 de Marzo de 1603, á la edad de setenta años.

El poder real había llegado á su apogeo en tiempos de esa mujer extraordinaria. Isabel había publicado los más severos edictos, no sólo contra los católicos, sino también contra las sectas protestantes que no admitían las doctrinas de la Iglesia establecida.

El parlamento aceptaba dócilmente todas sus voluntades, y no se atrevía á formular la más insignificante reclamación ante la imperiosa soberana, que mandaba preso á todo diputado que manifestase el menor conato de resistencia. Poniendo en orden la hacienda pública, supo por lo demás Isabel pasarse de los subsidios de la nación. Favoreció el desarrollo del comercio, alentó las empresas de los navegantes que hicieron en su tiempo descubrimientos de consideración. Drake, Cavendish, Davis y Raleigh se distinguieron entonces y echaron las bases del imperio colonial de Inglaterra. Este último dió á una de las regiones de América septentrional el nombre de Virginia en honor de la ilustre princesa. Varias naciones europeas solicitaron su alianza; Holanda, Francia y Rusia aplaudieron la amplitud y alteza del genio de Isabel; pero, no obstante las alabanzas que le fueron prodigadas, su política

astuta, sus crueldades indignas y sus licenciosas costumbres han manchado su memoria (1).

*Resumen de este capítulo.* — Si la reforma en los Estados de Alemania y del Norte fué obra de los soberanos, también puede decirse que ocurrió lo mismo en Inglaterra.

I. Enrique VIII empezó por mostrarse celoso defensor de la fe católica, y hasta escribió contra Lutero un libro que le valió halagüeños elogios del papa León X. Pero habiendo querido separarse de Catalina de Aragón su mujer, para unirse con Ana de Boleyn, se echó en brazos del cisma, y se separó del sumo Pontífice, porque éste no quiso pronunciar su divorcio (1532). Hizose declarar por el parlamento juez supremo de la religión y persiguió á los católicos que tuvieron el valor de resistirle, y despojó los monasterios para satisfacer la avaricia de los lores (1536). Muerta Ana de Boleyn, se casó sucesivamente con Juana Seymour (1537), Ana de Clèves (1540), Catalina Howard (1541) y Catalina Parr (1542). Durante ese tiempo continuó sus persecuciones contra los católicos y publicó una profesión de fe en seis artículos, que precisaba admitir bajo pena de muerte, prisión ó confiscación. También pretendió difundir sus ideas cismáticas en Escocia, pero la influencia de Francia le impidió ejecutar sus designios. Murió en 1547. Eduardo VI, hijo del anterior y de Juana Seymour, heredó el trono. En el reinado de ese príncipe, que no era más que un niño, el duque de Sommerset, que tenía el título de protector, se entendió con el arzobispo de Cantorbery, Cranmer, para modificar la creencia en el sentido de la reforma, y estableció el protestantismo en el reino. El conde de Sommerset fué derribado por Warwick, quien hizo que Eduardo VI reconociera por su heredera á Juana Gray. Eduardo VI murió el 6 de julio de 1553. El partido de Juana fué vencido por el de María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón. Esa princesa era católica como su madre. Casóse con el hijo de Carlos V, Felipe II, que tan gran papel debía desempeñar en Europa. Cuando se vió segura en el trono, su primer cuidado fué restablecer el catolicismo (1553). Por ese acto se declaró hostil á los protestantes, pero no obstante las condenaciones dictadas entonces contra algunos de ellos, los mismo reformados admiten que el gobierno de esa princesa estuvo lleno de clemencia y mansedumbre. Desgraciadamente, los asuntos exteriores y las disposiciones que observaba en su hermana Isabel, llenaron de amargura sus últimos años, y ese doble pesar le causó la muerte (1558).

II. Isabel, que sucedió á María Tudor, era hija de Ana de Boleyn y por eso mismo, enemiga del catolicismo. Declaróse, pues, en favor de los protestantes en todas las luchas que éstos tuvieron que sostener en Europa. Empezó por alentar á los reformados que agitaban la Escocia, y hasta les aconsejó que destronasen á su soberana. No habiendo podido impedir que María Estuardo, su prima, subiera al trono (1561), recurrió perpe-

(1) REYES DE INGLATERRA: Enrique VIII (1513-1547), Eduardo VI (1547-1553), María (1553-1558), Isabel (1558-1603).

tuamente á insidiosa política para perderla. Primero trató de hacerle realizar un casamiento indigno de su alcurnia, pero como María rechazara con noble orgullo esas proposiciones, Isabel no insistió. La reina de Escocia se casó con Darnley, y luego tuvo que dar su mano al pérfido Bothwel, uno de los asesinos de su primer marido (1567). A partir de ese momento, María no cesó de ser presa de grandes desgracias. Habiéndose rebelado su pueblo, tuvo que huir y se refugió en Inglaterra (1568). Isabel le dió como asilo una prisión, en la cual pasó veinte años (1568-1587). Durante ese tiempo, la reina de Inglaterra alentó la guerra civil en Escocia, en Francia y en los Países Bajos en provecho de los innovadores, y tomó severísimas medidas contra los católicos que aun quedaban en sus Estados. Por fin hizo condenar á muerte á María Estuardo, y esta desdichada reina subió al cadalso en 7 de febrero de 1587. Su hijo Jacobo VI no tuvo valor para vengarla, pero el rey de España, Felipe II, envió contra Inglaterra una escuadra formidable. Isabel desplegó en ese gran peligro ánimo varonil, y tuvo la suerte de que los vientos y las tempestades la librasen de tan formidable enemigo (1588). Después de esos sucesos se mostró más orgullosa que nunca. Sos-tuvo á los protestantes en todos los puntos de Europa, y puede asegurarse que en su tiempo se elevó al apogeo la autoridad real en Inglaterra. Sin embargo, á pesar de todos esos triunfos, vió en sus últimos años que sus crímenes le habían hecho perder su popularidad, y tanta pena le causó notar, que murió de ella el 24 de marzo de 1603.

## CAPÍTULO XXIX.

### EL CONCILIO DE TRENTO Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

Como la herejía iba extendiéndose por Alemania y los Estados del Norte, por Suiza y los Países Bajos, por Francia, Inglaterra y Escocia, los sumos pontífices debieron tomar medidas para estorbar sus progresos. Ante todo se hizo necesario definir bien la doctrina católica para evitar las interpretaciones erróneas; eso fué lo que hicieron al convocar el concilio de Trento. Definida la doctrina, fué preciso propagarla y rechazar los errores contrarios á ella. Esta fué la misión de la Compañía de Jesús, que en poco tiempo contó multitud de escritores, de maestros, predicadores, misioneros y hombres de ciencia que extendieron su acción por el mundo entero.

#### § I. — Concilio de Trento (1545-1564).

**De la acción del papado desde la condenación de Lutero.** — León X había condenado los errores

(1) Véase Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, *Vida de San Ignacio* é *Historia de la Compañía de Jesús*.

de Lutero, pero eso no detuvo los progresos de la herejía. Su sucesor, Adriano VI, maestro que había sido de Carlos V, era hombre de estudio, á quien su elección sorprendió. Ese austero neerlandés no perdonó medio para reformar al clero en su cabeza y sus miembros, según entonces se decía, y con tal fin tomó por consejeros íntimos á San Gaetano de Theenne, á Pedro Caraffa, arzobispo de Theate y á otros personajes eminentes por sus virtudes.

Su pontificado, que sólo duró un año (1522-1523), fué demasiado corto para dejar señales profundas. Sucedióle Clemente VII (1523-1534), quien tuvo el dolor de ver á Roma invadida por un ejército de luteranos alemanes, mandados por el condestable de Borbón, magnate cuyo orgullo lo llevó á hacer traición á su país.

La biblioteca del Vaticano, fué saqueada, las plazas é iglesias de Roma se convirtieron en mercado donde se traficaba con los vencidos, las basílicas de San Pedro y de San Pablo, que Alarico y sus visigodos habían respetado, fueron manchadas por abominaciones que indignan, y el saqueo que sólo duró quince días con Genserico, floreció esta vez por espacio de dos meses sin cesar un momento. El papa sitiado en el castillo de Sant Angelo, firmó una capitulación que le imponía fuerte rescate.

Durante su gobierno, Clemente VII recibía cada mañana noticias de nuevas defecciones. Á las pérdidas que la Iglesia realizaba en Alemania por la propaganda de Lutero, hubo que añadir también la de parte de Suiza, donde dominaba Calvino. El papa había esperado mantener á Inglaterra en el seno de la Iglesia, pero no tardó en saber que Enrique VIII, arrastrado por sus pasiones, acababa también de echarse en brazos del cisma. Clemente VII murió de la pena que tantas desgracias le causaron (sept. 1534). Puede decirse de él que atravesó rudas pruebas, pero que supo soportarlas con firmeza y valor.

Ese papa había designado para que lo reemplazara al cardenal Farnesio, Paulo III (1534-1549), que el Sacro Colegio eligió por unanimidad. Ese digno pontífice tuvo por consejeros á los Contarini, los Caraffa,